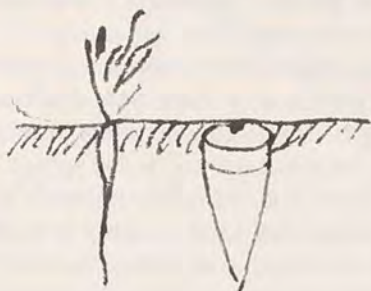


sonaje que no sea resentido —por donde se lo mire—, no hay un trozo del escrito que no esté cruzado por insultos, o donde alguno de los protagonistas maltrate al otro o a sí mismo. No hay un espacio calmo que permita al lector entrever la creación de un mundo, sino un enmarañado escenario tumefacto y nauseabundo lleno de oportunistas que se desangran y envenenan con su propia hiel.



[...] lo más repugnante fue el olor a mierda. Ni siquiera el dolor ni el aturdimiento ni las babas de tío Amorcito en mi cuello, ni sus uñas en mis nalgas [...] Me dijo me cagaste, muchacho. Yo sentí de todo y al tiempo, arcadas, ganas de llorar, rabia, mocos sobre el labio. Él me dijo con vos todo ha sido una porquería, el primer día me vomitaste y hoy me volviste mierda [...] Él me puso en la mano un manojo de billetes, eran billetes grandes, y me dijo cuidado te equivocás de mano cuando te limpiés... [pág. 274]

Un religioso que no sólo viola a un púber sino que luego lo explota y envuelve en un mundo atroz, una madre maltratada por su propia mamá, amargada y definitivamente estúpida, una huérfana tratada a las patadas física y literalmente, un noble homosexual y pedófilo tratando de llenar vacíos, una exilada dolida, desfilan entre sus propios humores y dolores a lo largo de 394 páginas.

El asunto, claro está, no es contar una historia rosa. El autor, en diversas entrevistas, la define como la intención de resumir la descomposición social, pero la estructura no se arma, la descomposición sofoca, el dolor causa rechazo, no hay una pro-

puesta literaria en cuanto a ejercicio de creación, sobresale un resentimiento repugnante que se aleja de la literatura, los personajes no tienen fuerza suficiente y son títeres sobre sus humores; la lectura no va más allá de lo desagradable. Ni siquiera podría convertirse en un buen guion porque está repleto de lugares comunes, porque acusa el afán de publicar algo para criticar que no puede trascender como obra literaria. Es una novela de esas que ahora gustan, como gusta que venga de México Fernando Vallejo a insultar, a ofender, marcar como ladrones, incultos, débiles mentales y se le aplaude y vuelve a invitar y el público asiste encantado de que lo escupan.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

I. Véase Boletín Cultural y Bibliográfico, Biblioteca Luis Ángel Arango, Banco de la República, Bogotá, vol. XXXVIII, núm. 56, 2001, págs. 125-126.



Realidades poco convincentes

Moldeando la bruma

Aníbal Llano

Deriva Ediciones, Cali, 2008, 202 págs.

Realidades para ser contadas

Lo que hace unos años era un mandato para los escritores, hoy parece un ejercicio de común ocurrencia en el globalizado mundo en que vivimos. Me refiero al impedimento inconsciente de escribir sobre hechos inmediatos, que se generalizó en el siglo pasado, porque se minaba la objetividad y era necesario dejar pasar el tiempo para tomar distancia y poder escribirlos de forma literaria. De esta manera se lograba sobrepasar lo meramente testimonial o referencial para llegar a lo artístico. Además, en el terreno de las ideas, se buscaba extender la capa de olvido sobre aquellos sucesos trá-

gicos para que nadie osara buscar culpables que reavivaran la hoguera o sembraran rencores sobre hechos ya superados, según los políticos de entonces.

Quienes lo hicieron por encima de esas consideraciones vieron cómo sus obras pasaron al ostracismo y al olvido, a pesar de su esfuerzo por inventar escenarios para no nombrar los reales y contar esas historias como si no fueran nuestras. Eso fue lo que aconteció con la vilipendiada literatura de la violencia que, según la crítica, no ha producido aún una obra de calidad. ¿Se referirá a una novela totalizadora o a una novela total? ¿Será posible hacerla en un mundo donde ya todo se conoce, donde hay poco por descubrir o por nombrar?



No ampliar el ejemplo de sangre para evitar tragedias futuras fue otra razón que se esgrimió para desaprobársela y reprimirla. Y ya vemos cómo estamos. El impedimento, en últimas, sirvió para sepultar con la indiferencia gran parte de la literatura que tocaba la realidad violenta del país por esos años.

Pero hoy, con los tiempos que corren, ya no existe esa orden de silencio. O, al menos, no existe de esa manera. Atravesamos una aparente libertad de escribir, sobre todo de publicar lo escrito, pero siguen la indiferencia y la invisibilidad como una disculpa bastante recurrente para ocultar aquello que no se quiere que se conozca.

Entonces, desaparecido aquel impedimento, la inmediatez se toma la escritura. Entre más inmediato sea el hecho, más aceptado su registro en la literatura o, mejor, en la producción de libros. Los lectores—to-

mados así, como una masa informe—, exigen ese tipo de lecturas, afirman los entendidos. Y respaldan su afirmación con estadísticas. Son mandatos que no surgen del hecho estético sino del mercado editorial. Manías del *rating*, de la publicidad y de las ventas.

De ahí que ahora pululen en las páginas de nuestras novelas y cuentos los asesinatos, las masacres, las violaciones, la prostitución y la pornografía, noticias que saltan de los registros noticiosos a las páginas literarias, con personajes, visiblemente ponderados en los medios de comunicación cada día, como capos, delincuentes, narcotraficantes, sicarios, guerrilleros, paramilitares, Ejército, desplazados y desaparecidos, en confrontación permanente por la búsqueda de no se sabe qué. La paz, dicen algunos.

Lo que se narra

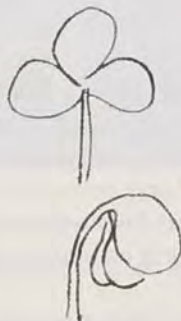
Precisamente la novela *Moldeando la bruma*, del escritor valluno Aníbal Llano, quien además de ser economista y escritor es un destacado escultor, aborda un tema de palpitante actualidad. El enfrentamiento por el territorio patrio de guerrilleros y paramilitares, con la presencia casi fantasmal del Ejército.

Desde entonces, y por rivalidades de territorio y de cuadrillas, los dos amigos se volvieron enemigos a muerte. Mandaban a matar a gente del bando contrario. Aquí en la finca mataron una pareja de trabajadores recién llegados y a un muchacho que desesperado trató de esconderse en la cocina. [pág. 76]

Detrás de ese entramado violento, bajo cuya existencia se destroran los personajes, hay un mundo cargado de hechos tan humanos como el amor, el abandono, los sueños por un mejor futuro, el temor, la venganza, hasta que por fin llega la muerte. De la misma manera se plantea la existencia de dos mundos contrapuestos, el civilizado y estresante de la ciudad y el atrasado y bucólico de

la provincia. Cada uno con sus propias violencias, por supuesto, que sumadas dan la historia del país.

Sin embargo, el fantasma de aquella orden de silencio, a la que me refería en las primeras líneas de estas notas, aún persiste en esta novela, en el sentido de no identificar los escenarios ni los personajes, que son tomados de la realidad, con sus nombres propios. La ciudad puede ser cualquiera y el pueblo y la vereda son igualmente ficticios. Existe, sin embargo, un nombre: San José de las Hermosas, un lugar que en la novela no se sabe dónde queda, pero que en la geografía nacional está enclavado en la cordillera, entre los departamentos del Tolima y el Valle del Cauca. ¿Será ese o es una coincidencia?



[...] llegaron a un pequeño pueblo de treinta casas con un nombre mítico: San José de las Hermosas. Estaba situado al pie de un río que bajaba caudaloso adornado con las espumas del páramo. [pág. 21]

También aparece entreverado otro lugar, Chaparral, que no se sabe si es el “Chaparral de los Grandes” o el Gran Chaparral de la serie de televisión. Lo mismo sucede con personas o actividades. Por ejemplo, los guerrilleros no se nombran así, son los *muchachos* y los paramilitares son los *finqueros*.

Como se ve, esa mutilación de la realidad en el lenguaje es un rezago que ha permitido que se repriman las palabras identificadoras, que sean sustituidas por la fabulación. Es la herencia del miedo a enfrentar la realidad, ya no sólo el miedo a nombrarla por temor a la identificación sino a

evidenciarla por la angustia de perecer en ella. Lo demuestran los desplazados y los desaparecidos. Los periodistas y escritores exiliados.

Se confirma entonces, con esta novela, que el referente es la realidad, esta de todos los días, la más próxima, la que ya no padece impedimento para ser recreada, aunque la sociedad se reserve el derecho a divulgarla, a comprarla y a leerla. Y, por supuesto, a estudiarla y comentarla en los medios de que dispone para ello. Son, pues, hechos cumplidos, inmediatos, como bases de la ficción. ¿En dónde está, entonces, el arte de novelar? ¿En el lenguaje? Ah difícil que es fabular la realidad, volverla un ente artístico que regrese al mundo como una nueva realidad. Es decir, verosímil, capaz de abrir los ojos al más ciego, o cerrárselos al más despierto, según sea la calidad del receptor. Debe ser por eso que a muchos les asusta verse retratados en la ficción, eso que algunos han dado en llamar la teoría de los espejos.

Qué se cuenta

Para no quitarle posibilidades al lector no voy a contar la novela. Sólo doy un vistazo general que me permita sentar bases para mis apreciaciones. La novela contiene como núcleo la historia vital de Claudio. Y, como es natural, apartes de la vida de quienes se interrelacionan con él. Claudio es un artista, un escultor empírico, que vive en la capital pero de vez en cuando viaja a la finca que compró en busca del paraíso, empujada en las montañas. No lo hace con mayor frecuencia por temor a caer en el vórtice de la lucha territorial que sostienen *muchachos* y *finqueros*. No se vislumbra en la novela la causa que da origen a ese enfrentamiento.

[...] le planteó la necesidad de agruparse para enfrentar la gente dañina que quería acabar con el pueblo y con los finqueros. Nada más fíjese lo que le pasó a su padre. Pero no se sabe quién lo mató. Tuvieron que ser ellos, los

muchachos, para robarle el látex, además para castigarlo por haber sembrado las matas sin su permiso. [pág. 35]

El autor apela a la sabiduría del lector, a su conocimiento de la realidad, que está en su mente alimentada por las noticias y, como sabemos, son el sustento diario de los medios de comunicación. Es decir, hay una atmósfera de miedo y de violencia que el autor supone no vale la pena ser explicada, ni con acciones o elucubraciones de sus personajes. Son así, ya todo el mundo lo sabe. Son el trasfondo de un drama vivencial que se debate entre el amor y el erotismo, entre la ciudad y el campo, entre el éxito artístico y el fracaso.



La novela nos deja vislumbrar que el patrón se volvió asesino porque los muchachos asesinaron a su esposa y él juró vengarse. Luego el Gobierno apoya su accionar, con entrenamiento y armas. Nada lejano, por supuesto, a la historia de violencia que hemos padecido a lo largo de nuestra historia. No obstante, ante presentación tan simple o tan superficial, no puede uno menos que preguntarse, ¿la guerrilla existe por problemas sociales y políticos o sólo por venganza de violencias más remotas? ¿Los paramilitares hacen presencia ante la incapacidad del Estado de defender la vida y riquezas de sus ciudadanos o por venganzas acumuladas que ya no dan espera o por simple ejercicio de poder? Si bien es cierto que una novela no tiene porqué argumentar para dar explicaciones de este tipo, es claro que al lector debe ubicársele en el tiempo con la presentación del panorama sobre el cual se desarrollan las vidas y anécdotas que le han dado vida a la narración. El peligro de caer en la pancarta política no excluye la

necesidad de hacer verosímil la narración. Quiero decir, *Moldeando la bruma*, sólo gira en torno a la venganza y el temor, y no creo que eso sea suficiente para edificar un universo propio.

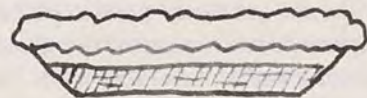
Pero mientras en las montañas se da el enfrentamiento, Claudio tiene el suyo en la ciudad, que no tiene nada que ver con la muerte sino con el amor. Lo de siempre. Conoce a una chica, Adriana, desahuciada por cáncer aunque no se lo dice, la lleva a su taller como su modelo, se enamora de ella y se descubre dilucidando problemas existenciales.

De vez en cuando Adriana se paraba para descansar y echarle un vistazo a la escultura. Claudio retrocedía y la miraba de lejos, en sus reacciones de objeto representado. Aprovechaban para comer algo, tomarse un trago de vino, una mirada, una caricia y volvían de nuevo a su trabajo. En la calle ya la luna iluminaba las paredes de los bares cerrados y los cuerpos cansados quedaron dormidos al pie de la escultura. [pág. 53]

Pero como él necesita viajar a la finca, Adriana lo convence para que la lleve con él. Y muere en la finca. Su muerte se sucede por causas distintas al conflicto social. Le deja una herencia para que Claudio pueda realizar sus sueños de tener su propio taller de escultura. Sin embargo, él necesita volver una vez más a su paraíso y este será su último regreso. Los finqueros dan buena cuenta de él. ¿Por qué? Porque le hizo un busto al comandante de los muchachos. No lo hizo por gusto, lo elaboró para salvarse. Moldear ese busto le permite convertirse en *el escultor de la revolución*. Y en objetivo militar de los otros.

Es claro que para completar el panorama de nuestra violencia histórica, en la finca de Claudio hay cultivos ilícitos, que alimentan, por supuesto, los enfrentamientos territoriales. Él sabe, al final, que va a perder la finca, como sabe también que va a dejar la vida en aquellas montañas. De esta manera se confi-

gura un final poco acostumbrado en nuestra literatura, aunque más real, y es el del fracaso: la realidad es tan contundente que no da espacio para la esperanza, el vórtice de violencia y odio arrasa con todo.



Otros detalles de amores y desencuentros complementan la novela. No aportan mucho al drama central o, mejor, no son la causa del desenlace de la historia, no conducen a ella. No importa mucho que Claudio se enamore de la ceramista del taller de moldes, María, o de la prostituta Sandra, amante del guerrillero, mayordomo, además, de su finca. Por eso son accesorios, a mi juicio, aunque la novela se componga de una suma de fragmentos, de vidas que se entrecruzan y desaparecen, sólo puntales para darles cuerpo a los protagonistas y al clima general que conforma el tiempo de la tragedia. Esto hace que la historia pareciera retratar realidades poco convincentes. No parece, entonces, que la realidad del país sea el motor de la narración, sino la búsqueda del éxito y la felicidad del artista, aunque él sucumba aplastado por esa realidad que pretende ignorar en el amor y en el arte.

Cómo se narra

A pesar de ser su primera novela, Aníbal maneja con soltura el lenguaje. Pero a veces se enreda en su afán de darle aire poético a la narración de los hechos.

El búho se durmió en su laberinto de luces y despertaron los gaviñanes, picoteando a muerte los pedazos de sombra que se resistían debajo de las hojas y en las nubes. [pág. 18]

Su vida sufría aún los coletazos de una ruptura abrupta con su desgastado equilibrio, el cual ha-

Biblioteca Luis Ángel Arango

Últimas adquisiciones

RETRATOS DE MONJAS MUERTAS CONVENTO DE SANTA CLARA



ANÓNIMO

SIGLO XIX

Francisca Xaviera de San Joseph en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

48 x 59 cm



ANÓNIMO

P. SIGLO XIX

Margarita de San Bernardo en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

49 x 60 cm



ANÓNIMO

1762

Victoria de San Josephe en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

44 x 60 cm



ANÓNIMO

1808

Xaviera de Santa Clara en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

58,5 x 75,4 cm



ANÓNIMO

1768

Madre priora Thomassa Josepha de San Raphael en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

81 x 81 cm



ANÓNIMO

1776

Magdalena de la Santísima Trinidad en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

60 x 80 cm



ANÓNIMO

1811

Mariana Victoria de la Santísima Trinidad en su lecho de muerte

Óleo sobre lino

79 x 98 cm



ANÓNIMO

SIGLO XVIII

Inés de la Trinidad Pastrana

Óleo sobre madera

43,8 x 38 cm

bía dejado atrás en busca de un mundo inacabado. [pág. 27]

Vivía entre oficinas donde a fuerza de normas y de encantos que dan el equilibrio y el salario, fabricaba opciones de vida infalibles para la gente necesitada, opciones que al final no terminaban en nada pero servían para generar un sentimiento de poder y reafirmación de la existencia. [pág. 43]

En diecisiete capítulos y un epílogo se desarrolla esta historia de masacres, anhelos de superación, el goce de la vida y un final trágico. Es una novela estructurada en fragmentos que el lector debe unir para extenderla lineal en la mesa de su mente. No hay sorpresa ni en la historia ni en la manera como se narra. Es más, el lenguaje utilizado por cada uno de los actores parece ser el mismo.

El autor utiliza el recurso de poner a sus personajes a recordar, a partir de un momento presente, y con el recuerdo reconstruir el pasado de cada uno. Personajes que se salvan a partir de su encuentro, aunque el vórtice de la tragedia los consume al final dejándole al lector sólo la amargura de una cruda realidad.

Cuando las rememoraciones toman cuerpo, hay intromisiones del narrador en el desarrollo de la historia. Por ejemplo, en el primer capítulo, donde se narra la masacre de los finqueros a manos de los muchachos, no se sabe quién recuerda, parece una memoria colectiva. Con denominaciones como los *muchachos*, con minúscula, se confirma el traslado a la ficción de un lenguaje popular que, aunque parezca contradictorio, en la novela identifica muy poco a la realidad. El Ejército es el único que parece tener identidad propia, aunque aparezca en escena en muy contadas ocasiones. Los demás son una sociedad civil inerte, unos muchachos sedientos de sangre y unos campesinos y propietarios que tratan de defenderse, igualmente sanguinarios por culpa de la intolerancia.

Como testimonio de una realidad es una novela que debe leerse, no

hay duda, aunque desde el punto de vista artístico no haya novedad ni estructural ni de lenguaje capaz de conmocionar el arte de narrar en nuestro medio o de ser una mirada renovadora del trágico destino de nuestra nación.

Quién escribe

Aníbal Llano nació en 1955 en Tuluá (Valle del Cauca), el mismo solar nativo de Gustavo Álvarez Gardeazábal, cuya novela *Cóndores no entierran todos los días* es justamente una de las pocas que ha salvado la crítica de la lista negra de las escrituras inservibles del siglo XX.

Aníbal es más conocido como economista, título que obtuviera en la Universidad del Valle, y debido a ello es consultor en planificación y en desarrollo regional. No obstante, le queda tiempo para las actividades artísticas, y es entonces cuando aborda la escultura y la literatura, con las cuales reafirma su creencia en el ser humano como “un ser creativo y multifacético por naturaleza, a pesar de los temores sociales que lo llevan a ser especialista”.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ



Desde el mundo interior de un “narrador minúsculo”

Las orejas del lobo

Antonio Ungar

Ediciones B, Bogotá, 2006, 143 págs.

Hay un tinglado de fiesta en un colegio. Un escenario, un público, unos actores. Y hay un lobo. O mejor, un tigre disfrazado de lobo, porque tiene dos grandes orejas de lobo, que espera temblando entre bambalinas el momento en que le corresponda salir y recitar su parte. Y el lobo tiembla, porque el tigre tiembla,

porque el niño que es tigre, aunque nadie lo sepa, y está disfrazado de lobo, tiembla. Y es que la siente. Aun aquel día en que todo parece renacido y la madre y la hermana, que es otra vez gato maullante y remolón, y tal vez el hombre gordo que ríe con todos sus bigotes y es el ser más feliz y risueño del mundo, están ahí. Aun así la siente, a la sombra. Al fantasma que ulula sobre toda la sabana y lo busca para que no pueda reír más, para que deje de ser tigre feliz y vuelva a ser perro apaleado y lastimero. Para que no pueda olvidar que hubo un ser que hace ya mucho tiempo no era sombra sino hombre de carne y hueso, oloroso a tabaco y a colonia, risueño y fuerte al volante de su camioneta roja y sentado en el sofá. El sofá de papá, con la carne y los huesos de papá. Con sus manos y sus ojos claros. No como ahora, que es solo un fantasma que busca y amenaza. Que no quiere dejar que él y la madre y la hermana, sigan su propio camino. Que no se resigna al olvido.



Este es el episodio final de una serie a través de la cual el escritor Antonio Ungar nos presenta el conflicto central de su personaje, el niño, ser pequeño que enfrenta la disyuntiva de permitir que el pasado lo fije al dolor y a la nostalgia, o, por el contrario, alcanzar el olvido y con él la vida nueva y la felicidad. Batalla última prefigurada ya en esa larga jornada de fiesta que el niño recordará con cierta sombra de amargura, cuando abandona en brazos de la madre la sala en la cual se encuentran jugando ajedrez el padre y alguien que dice ser su tío, y se retira a su habitación. Tiene tres años